

CAPITULO III.

Los Dióscuros alemanes.

El saber que desarrolla y hace madurar nuestra generacion, se agrega al gran capital de propiedad espiritual de la humanidad y lo heredan nuestros hijos como una rica herencia. Esta herencia no solo no se pierde con el trascurso del tiempo, sino que aumenta con el uso.

De este modo bendecimos con razon á los grandes hombres de los tiempos mas remotos: Moises, Confucio, Buddha, Zoroastro, Jesucristo, Aristóteles, Pitágoras, Sócrates, Platon y otros, porque estos hombres, la aristocracia del espíritu, cuya carta de nobleza venia del

mismo Dios, han contribuido infinitamente para los bienes intelectuales de la humanidad. La sabiduría que heredaron ó adquirieron, era un feudo que despues de su muerte recayó en la misma humanidad. Ellos esparcieron nuevo saber enseñando extraordinarias verdades, que se han extendido sobre todas las naciones civilizadas del mundo y penetran paulatinamente las masas del género humano; así como una barra de fierro se convierte poco á poco en iman y adquiere nuevas fuerzas, y conservando la suya puede comunicarla á otros miles de barras de fierro.

De este modo sucedió con Alejandro de Humboldt, este Aristóteles del siglo diez y nueve, y aquel fenómeno se hacia mas notable en proporcion que el naturalista avanzaba en edad.

Es muy raro que dos miembros de una misma familia sean á la vez dos grandes hombres. Esto sucede con Alejandro y Guillermo de Humboldt, estos fieles dióscuros que silmutáneamente brillan como estrellas en el firmamento científico. Seria difícil encontrar una vida mas armoniosa entre dos hermanos. Alejandro de Humboldt, el gran naturalista y viajero, ya célebre en aquella época, brillaba junto con su hermano Guillermo, el hombre de Estado, el gran filólogo, el insigne poeta, el profundo filósofo, y mientras el mundo estimaba á estos dos ancianos por su gran saber, los admiraba y los queria por la nobleza y elevacion de sus sentimientos. Parecia que la edad, que en los demas mortales está ge-

neralmente acompañada de achaques, decadencia y debilidad, que originan un fin desdichado aun á los hombres de mayor inteligencia, respetaba á los dos hermanos.

¿Qué es el curso eterno de las cosas, y qué las leyes inmutables de la naturaleza?..... El cuerpo decae despues del tiempo floreciente de la vida; disminuyen las fuerzas físicas y las del alma; se doblega el cuerpo; se arruga la piel; se debilitan la vista y el oido; en una palabra, el cuerpo y la inteligencia marchan lentamente á su disolucion. Parecia que á los dos hermanos acontecia lo contrario Jamas individuos del género humano habrán gozado de una edad mas hermosa. En ambos era la decrepitud la *perfeccion del hombre*..... el complemento, ó mejor dicho, el fin armonioso de la juventud, pues se puede dar este nombre á la tarde de la vida que gozaban estos dos hermanos, y que consideraban el tiempo mas hermoso de la existencia; y aun la muerte, que concluye con todo, les parecia como una necesidad de la naturaleza, á la cual está sometido todo lo que tiene vida. Sobre esto decian ellos con su amigo Goethe:

«Todo hombre, sea quien fuere, gozará de una última dicha y de un último dia.»

De este modo vivian los dos hermanos, el uno para el otro, y sus goces salian de la fuente comun del cariño. El cambio de los resultados de la vida se habia hecho directa y personalmente, y la separacion de an-

tes fué compensada por la comunidad del saber y del sentimiento.

Mientras el uno profundizaba las leyes de la vida intelectual histórica, ó los restos de los pueblos y lenguas extinguidas.....y el otro se sometia al mundo físico en su extension mas lata, coincidian ambos siempre en la naturaleza del espíritu humano, en las diversas razas é idiomas, manifestando en todo la armonía en su modo de pensar y aun la belleza de su estilo, la comunidad de origen y la intimidad de su sér.

Así eran entónces como ancianos, como lo habian sido de jóvenes, *los dos dióscuros alemanes*, formando un estrecho círculo con ellos: Goethe, Wolf, Varnhagen von Ense y Raquel, Koreff, Cotta, Gentz, Niebuhr, Stein, Hegel, Schleiermacher, Rauch y otros muchos hombres célebres.

Aunque Goethe vivia en Weimar, estaba en correspondencia con los dos Humboldt, y se visitaban con frecuencia.

Despues de una visita que le habia hecho Alejandro de Humboldt, escribió Goethe á Guillermo:

«Estoy muy agradecido á vuestro señor hermano por el tiempo en que hace algunos dias, tuve el gusto de entrar en conversacion con él. Aunque su opinion sobre los objetos geológicos, y su modo de operar es imposible para mi sistema cerebral, he visto con sumo interes y grande admiracion, como aquello que soy capaz de

comprender, se relaciona con su inmenso saber, formando un conjunto admirable.»

De todos aquellos hombres mencionados, que en la mayor armonía formaban un círculo tan hermoso é importante alrededor de los dos hermanos Humboldt, se puede decir con justicia: Hay en toda nación que ha llegado á un grado superior de civilización, una comunidad de ideas y sentimientos, que la rodea como un elemento espiritual en que se mueve. Este elemento no está basado sobre opiniones aisladas y determinadas, sino en la forma, de la cual depende la actividad intelectual, mesura, reposo y movimiento, equilibrio y armonía, y de este modo influye en última instancia, por la liga de lo material con lo espiritual, sobre todo, la contemplación del mundo exterior é interior.

En este interior misterioso, en que una tendencia intelectual anima á toda una nación, penetraron los dos Humboldt y Goethe por medio de la fuerza é inmenso poder de sus creaciones intelectuales. De este modo imprimieron justamente estos tres eminentes hombres, durante su larga vida, un nuevo sello á este espíritu, comenzando en un período de la literatura en el cual el espíritu científico y artístico en Alemania, no estaba todavía bien claro y desarrollado. La siempre serena presencia de ánimo, la claridad, la contemplación viva y artística de la naturaleza por parte de Goethe, y principalmente de Alejandro de Humboldt, les atraía las simpatías de la gente inteligente. Al mismo tiempo

había en ellos una gran repugnancia contra todo lo confuso y absurdo. Todo esto hizo mas general, mas fácil y mas profunda su grande influencia.

Lo que se manifestaba tan grande, tan claro, lo que salía de la fuente que originaba, tan vigoroso, sin trabajo y esfuerzo, se recibía con firmeza y era la gran herencia intelectual que debían dejar estos grandes hombres á la nación alemana..... aquella herencia que nos hace tanto bien en la actualidad, y de la cual se alimentarán los hombres de todas las épocas.

Es un hecho conocido que el año de 1769, en que nació Humboldt, nacieron también Napoleon y Wellington, de manera que por una casualidad adquirieron tres grandes naciones casi simultáneamente cada una un hombre de importancia.

Al mencionar esta notable coincidencia, no se puede menos que echar una mirada comparativa sobre los hechos de estos tres héroes del siglo diez y nueve; mas en este caso no tenemos motivo para quejarnos respecto de la parte que nos tocó. Es verdad que el hombre de la ciencia no influye tanto en el destino del mundo, como el de la espada; pero en compensación no está señalado su camino por corrientes de sangre derramada inocentemente, ni por ciudades incendiadas, ni por países destruidos..... ni carga sobre su cabeza con la maldición de millones de desgraciados.

Así era en este caso: mientras Wellington, el héroe de Inglaterra, se hizo inmortal por haber coadyuvado á destruir el edificio colosal del conquistador francés, de manera que los hechos del uno fueron neutralizados por los del otro, vivía Alejandro de Humboldt, el grande alemán, en el mayor retiro y solo para las ciencias. No es, pues, el brillo de los tronos usurpados por la fuerza de las armas, ni tampoco el estruendo de imperios que se derrumban, por lo que se hacía notar á las naciones..... pero sí, su actividad en el silencio y el reposo, sus obras inmortales, causan todavía hoy, la mas grande admiracion en Francia y en Inglaterra, como en cualquier parte del mundo civilizado.

Y sin embargo de esto, los estruendos de la historia habian de interrumpir su tranquila actividad y sus investigaciones, y aun, á lo menos por un corto tiempo, envolverle en la corriente de los acontecimientos políticos.

Ocupado todavía de la publicacion de su viaje á el Asia, y del arreglo de la multitud de material, estalló una revolucion en Paris, que hacia tiempo todo hombre despreocupado habia previsto. Con un solo golpe se habia conmovido el estado político de la Francia. Parecia que la Europa entera iba á entrar en una nueva era; y en efecto, casi en todos los países vecinos eran introducidas grandes reformas que componian un nuevo estado de cosas. Tambien la Alemania debia á este impulso una vida política mas activa, aunque en

el Occidente estaba el enemigo muy amenazador, y en el Oriente volvia á abrirse la antigua herida, de manera que la Alemania, particularmente la Prusia, se hallaba en una situacion muy crítica.

En estas difíciles circunstancias necesitaba Federico Guillermo III, de un mediador entre la Prusia y la Francia, y la eleccion del rey no habia de recaer en ningun otro que en el hombre de su confianza, en aquel, que por su vida y sus obras pertenecia tanto á la nacion francesa como á la alemana.

Aunque es verdad que Alejandro de Humboldt jamas se ocupaba de política en el sentido mas estrecho de la palabra; pero en este caso se trataba de resolver un problema puramente humano, que se hallaba por encima de la política propiamente dicha; se trataba de conservar las relaciones pacíficas entre Francia y Alemania; por consiguiente, de la base fundamental de la civilizacion, del cultivo de las artes y ciencias, y en una palabra, de todo el desarrollo intelectual de las naciones. ¿Y quién seria mas adecuado para resolver un problema tan importante que el mismo Alejandro de Humboldt, que poseía la confianza ilimitada y la amistad del rey, y que en la esfera científica pertenecia á las dos naciones?

De este modo parecia Alejandro de Humboldt al rey de Prusia, en el momento crítico en que Francia y Prusia habian salido momentáneamente de sus antiguas re-

laciones, como el mediador mas adecuado entre *dos naciones* que estaban orgullosas de él.

Aun no sabia nada Alejandro de Humboldt, á pesar de haber seguido con interes los acontecimientos, y haber previsto esta revolucion; bien comprendió mejor que cualquier otro las circunstancias de la corte francesa, de la capital y de todo el país en general; pero todo esto lo sentia solo en su interior, y hablando en muy pocas ocasiones con su hermano y otros amigos íntimos, sin manifestar nada sobre el particular á otras personas extrañas. No conocia ambicion en este sentido y además, sus trabajos científicos le ocupaban mas tiempo del que tenia disponible.

Proyectaba un viaje á Paris, para hacer los preparativos con el objeto de contratar la impresion de la obra: *Fragmentos de Geología y Climatología Asiáticas*; además tenia que arreglar muchas cosas con sus amigos y compañeros de aquella ciudad.

Ocupado con los preparativos de este viaje, se hizo anunciar un día un Sr. de Melgunoff, á quien Humboldt habia visto en Moskowa en algunos círculos, así como en una sesion extraordinaria de la sociedad de naturalistas y en un gran banquete que se habia dado en honor de Humboldt por sus admiradores, á los cuales pertenecia Melgunoff. Este señor habia traído una carta de recomendacion para Varnhagen, quien le procuró una entrevista con Humboldt, para las ocho de la mañana del día siguiente de su llegada.

En efecto, Humboldt le recibió á la hora señalada con su acostumbrada cortesía, diciéndole:

—Me es muy satisfactorio renovar ahora mis relaciones con vos.

Y en seguida le instó á que tomara asiento en el sofá, colocándose luego enfrente en una silla. La conversacion giró primeramente sobre las mas notables producciones de la literatura alemana y francesa de aquella época; las obras de Lermier, Jorge Sand, Varnhagen, Raquel, Bettina de Arnim, y finalmente, de Heine y Boerne.

En todos sus juicios manifestó Humboldt, sobre este particular, la mayor perspicacia é inteligencia, libre de toda clase de preocupaciones de partido. Con asombro observó el Sr. de Melgunoff, que el gran naturalista juzgaba sobre la literatura de las dos naciones vecinas como si en toda su vida no se hubiera ocupado de otra cosa que de ella.

Respecto del disgusto ocurrido entre Heine y Boerne decia que no lo extrañaba, porque ambos se habian equivocado al fundar su amistad, en creer que fuesen amigos natos por su origen igual, su situacion aislada en la sociedad y cierta semejanza en la tendencia de sus ideas; porque lo que en Boerne era cosa del corazon, era en Heine objeto de sátira y de burla; que lo erróneo en las tendencias del primero, se podia justificar por la exaltacion de su noble carácter y lo irritable

de su temperamento, mientras que no se podia decir lo mismo respecto de Heine.

Pasando de este modo de un objeto á otro, hablaron tambien de la Universidad de Berlin, haciendo Humboldt los mayores elogios de sus excelentes profesores, y calificando aquel establecimiento como uno de los primeros de Europa.

Era natural que hablando Humboldt con un ruso, tocara tambien algo con relacion á la Rusia, y en consecuencia habló muy circunstanciadamente de lo que esperaba para las ciencias de las determinaciones de las alturas relativas del mar Caspio y el mar Negro, y de las observaciones sobre la declinacion de la brújula que se iban á hacer en los diversos observatorios de Rusia. Habló tambien de su viaje á aquel país, mencionando con gratitud el benévolo recibimiento que le hicieron en Moskowa, añadiendo:

—En esta ocasion os referiré algo de lo que os interesará probablemente, y es lo concerniente á la visita que hice al príncipe de los kalmukos, Sered-Dschab. Me acuerdo bien de haberos hablado de esto en Moskowa.

—Os lo agradeceré mucho, dijo el Sr. de Melgunoff.

—Oid, pues; habiamos visto las cosas mas notables de Astracan y sus alrededores, y deseábamos conocer á los kalmukos, particularmente á su caudillo Sered-Dschab, que sobresalia de los demas príncipes por su

educacion, y por sus conocimientos científicos. Era el jefe de la horda Chochuder que lleva una vida nómada en las ricas praderas entre el Volga y el Aichtuba, donde ha inmigrado del páramo occidental en el año de 1770, con el permiso del gobierno ruso, despues de la gran fuga de los kalmukos del páramo oriental. El mencionado príncipe ha estado en la guerra de los rusos, como jefe de su horda y la del páramo occidental. Tambien estuvo en Paris, y es actualmente coronel ruso, llevando varias condecoraciones. Tiene actualmente una hermosa casa en la orilla del Volga, donde reside durante el invierno, mientras que en el verano vive segun la costumbre de su pueblo en el páramo. No lejos de esa casa ha mandado construir un templo de cal y canto por sus sacerdotes, pues solo ellos deben hacer estos sagrados edificios. El 21 de Octubre salimos de Astracan, pasando el Volga en un bote, acompañado del Sr. de Ossipoff, hasta la orilla opuesta, donde se despidió de nosotros. En el mismo dia llegamos á Semaenovskaja, 66 verstes distante de Astracan. Allí encontramos á un hermano del príncipe Sered-Dschab, anunciándonos que su hermano nos esperaba el siguiente dia, en el que nos embarcamos en un bote, que habia mandado expresamente el príncipe para que pasáramos el Volga.

«La noche anterior habia hecho bastante frio y todavía á las nueve de la mañana señalaba el termómetro de Reaumur 3 grados, mientras el agua tenia $7\frac{1}{2}$ gra-

dos, lo que produjo el magnífico fenómeno de miraje, como no lo habíamos visto mejor en los páramos del Altai, durante el verano. Los objetos situados mas altos de la orilla opuesta parecían mas elevados y en sentido inverso, como los objetos que se reflejan en el agua. Llegados á la orilla opuesta, nos esperaba un coche del príncipe, que nos condujo á su residencia Tumeniewka, doce verstes distante del punto de nuestro desembarco. Es una aldea de kalmukos que tiene multitud de casitas de madera, construidas con irregularidad, entre las cuales sobresale el palacio del príncipe, de dos pisos. Sered-Dschab nos recibió en la puerta de su habitacion. Es un hombre de cuarenta años poco mas ó menos, vestido con el uniforme ruso, lleno de condecoraciones. Estaba acompañado de otro hermano suyo Sered-Dscha, con vestido al uso del país, como su hermano Sered-Norwa que nos habia acompañado desde Semaenovskaja. Su segundo hermano, Batur-Ubaschi, estaba enfermo en aquel tiempo. Sered-Dschab nos introdujo, pasando por una gran sala en cuyo centro estaba una mesa de billar, á un gabinete elegantemente amueblado; una pared estaba adornada con los retratos al óleo del emperador y la emperatriz.

—¿Y en qué idioma sostuvisteis la conversacion? preguntó Melgunoff.

—El príncipe, que sabe el ruso con perfeccion, habló conmigo en este idioma, sirviéndonos Menchenin de intérprete. No habíamos hablado mucho todavía, cuando

entró inesperadamente un jóven de agradables maneras; era el kan de la horda interior de los kirguizios, Dschangir, que estaba de visita con su vecino Sered-Dschab y que habia querido partir el dia anterior; mas habiendo tenido noticia de nuestra visita, habia diferido su partida hasta despues de nuestra llegada. Este kirguizio hablaba tambien el ruso lo mismo que el persa y el árabe, de manera que Ehrenberg pudo conversar con él en este último idioma. El kan expresó su sentimiento por no haberle hecho yo una visita al pasar por los páramos. Mencioné á su maestro Karelín en Orenburgo, á quien apreciaba mucho. Durante la conversacion se nos obsequió con *kumis* ó *tshigan*, en copas puestas sobre una charola de fierro laminado y barnizado.

«Luego nos condujo el príncipe Sered-Dschab al templo donde habia ordenado una fiesta, en celebracion de la feliz conclusion de la guerra de los rusos contra los turcos. Este templo es un edificio de figura cuadrilonga con un techo al estilo japones. El interior tenia semejanza con el templo de los kalmukos, que habíamos visto en Astracan, con la única diferencia de que estaba construido con un estilo mas grandioso.

«Ya antes de ver el templo habia yo manifestado al príncipe el deseo de ver la preparacion del aguardiente que fabrican allí del *kumis*, hecho de la leche de yegua. Salidos del templo nos condujo Sered-Dschab á una casa en donde estaban haciendo esta operacion. En el centro de un espacioso cuarto habian encendido un gran

fuego sobre el cual estaba puesto en un tripié un caso de fierro, que contenia el *kumis*, y se hallaba provisto de una tapa de madera que tenia una abertura en un lado y dos en el otro, sirviendo la primera para introducir el líquido. De las otras dos salian tubos curvos tambien de madera, que terminaban en una olla de fierro de forma redonda, metida en otra llena de agua fria. Las hendiduras de la tapa y las demas del aparato estaban cerradas con tierra y estiércol de caballo, y de estas materias estaba tambien formado el tapon, que cubria la abertura de la misma tapa, por donde se introducía el *kumis*. Este tapon se pone, cuando el *kumis* está hirviendo, y entónces se disminuye el fuego debajo del caso. El primer producto que se obtiene de este modo, tiene un color moreno y un sabor desagradable, y se llama *araca*. Una segunda destilacion dá un producto de color claro y de un sabor mas fuerte y se llama *arsa*. De seis *vedros* *tchigan* ó *kumis* se saca un *vedro* (1) *araca*, y 96 *stofs* *araca* dan 8 *stofs* *arsa*, de manera que de 72 medidas de *tchigan* sale una de *arsa*. Pero no es solamente la leche agria de las yeguas de que hacen aguardiente los kalmukos; en el invierno, cuando las yeguas dan poca leche, toman tambien la leche agria de vaca, que llaman *arjen*, y el aguardiente obtenido de este modo *airac*: este aguardiente es mas flojo que el *arsa* y resulta en menos cantidad.

(1) Un vedro equivale aproximativamente á 12½ litros.

—¿Y cómo hacen el *tchigan*? preguntó el señor Melgunoff.

—El *tchigan* se hace de la leche de yeguas, que inmediatamente despues de la ordeña se mete en botas hechas de pieles, que se menean con frecuencia. Generalmente son suficientes los botes sucios, para conseguir que se agrie la leche, pero por lo regular se deja un poco de *tchigan* en el bote, en que se mete la leche para que se agrie. El *tchigan* preparado con limpieza tiene un sabor muy agradable y es muy nutritivo.

—He oido decir que á Sered-Dschab le gusta mucho la caza, principalmente la de halcon. ¿Es cierto?

—Sí, Sr. de Melgunoff, contestó Humboldt. Presenció tambien esta especie de caza. El príncipe mandó traer un halcon y un cisne; el primero se elevó mucho en el aire, y apenas divisó al cisne se precipitó sobre él, metiéndole su pico en la cabeza, y le habria muerto si no se hubiera tenido la precaucion de envolversele en una densa capa de algodón, y aun así no hubiera escapado si no se hubiera alejado el halcon.

—¿Y se conoce allí la horticultura?

—Sí, vimos una hermosa huerta. Tambien vimos los caballos del príncipe, son de la raza bucaro. Luego volvimos al palacio, donde nos esperaba la comida que habian servido en el salon del billar. En la mesa se hallaban, además de nosotros, el príncipe y sus dos hermanos, el secretario del príncipe y el kan Dschangir; su séquito comia en otro aposento. Los hermanos del

príncipe hacían los honores de la mesa. Los diversos manjares eran excelentes, preparados por el hábil cocinero del príncipe, que era inglés; después se sirvieron excelentes vinos franceses. Durante la comida tocaron algunos kalmukos, bajo la dirección de un ruso, varias piezas de Mozart y Rossini, también marchas y piezas de baile.

—¿Cómo? ¿piezas de música de Mozart y Rossini? preguntó Melgunoff.

—Nos sorprendió en efecto, contestó Humboldt, ver manejar á los kalmukos los instrumentos europeos con tanta habilidad; tuve además gusto en ver como las obras de estos compositores han penetrado hasta los páramos. Después de la comida sirvieron café y luego nos despedimos, después de habernos regalado el príncipe una botella de *araca* y otra de *arsa* que habíamos pedido, así como una bota de cuero, y en seguida nos llevaron en su coche hasta Seroglafinskaja, acompañándonos el joven príncipe Sered Danduk. Allí nos esperaba nuestro coche, en el cual continuamos el viaje hasta Astracán.

Luego recayó la conversación sobre Berlín. El Sr. de Melgunoff preguntó si era verdad, que el pietismo aumentaba tanto en Berlín.

—Es desgraciadamente demasiado cierto! contestó Humboldt. Los pietistas y los jesuitas protestantes (ocultan fines materiales bajo la capa del sentimentalismo), se agitan mucho contra el nuevo libro de canciones

de la iglesia, *solicitan ayuda en Roma*; roban y falsifican textos de los catedráticos y disputan en nuestro siglo, sobre las alas de los ángeles..... cosas que divierten hasta que causan mucho daño. (1)

—¡Pero esto es casi increíble! exclamó el Sr. de Melgunoff.

—Y sin embargo, muy cierto, contestó Humboldt. Os aseguro que este enjambre de pietistas es incorregible y repartidos como parásitos sobre todo nuestro globo. Los he encontrado en toda las clases del mundo, y de la sociedad humana; entre los cuáqueros, anglicanos, metodistas; en París bajo el reinado de Napoleón, y en la corte de Carlos X; entre los católicos de España, entre los salvajes del Orinoco, en el Mississippi y aquí en mi ciudad natal, Berlín. Lo clasifiqué todo á mi vuelta como un botánico sus plantas, según sus signos característicos, y estaba ansioso de ver en donde tendría que colocar los pietistas de Berlín, según sus caracteres, pero al fin me convencí, de que son en verdad solo variedades artificiales y muy dañinas de una planta insignificante, pero, y lo que es lo malo, esta planta insignificante..... *es venenosa!* (2)

Habían pasado de este modo un par de horas, cuando se despidió Melgunoff de Humboldt. La facilidad y la gracia con que este grande hombre trataba las cosas

(1) Palabras textuales de Humboldt.

(2) Palabras textuales de Humboldt.

mas importantes; la ironía con que hablaba de ciertas materias; su inmenso saber, el brillo de su nombre, su afabilidad, su recto y claro juicio, su universalidad..... de todo esto estaba encantado Melgunoff, y de buena gana habria prolongado la conversacion por mas tiempo; pero..... acababa de entrar Guillermo de Humboldt.

Por este motivo se habia despedido Melgunoff de Alejandro, quien le acompañó hasta la antesala, y luego volvió á su aposento donde habia dejado á su hermano.

—¡Y ahora seas bienvenido, exclamó Alejandro al entrar dirigiéndose á Guillermo. Pero, ¿qué veo? ¿Vas acaso á la corte, y..... con el pájaro negro? (1).

—¡Sí contestó Guillermo sonriendo. El viento parece haber cambiado despues del advenimiento de Luis Felipe al trono de Francia, y ha traído el águila negra á Tegel.

—¡Bien! dijo Alejandro de buen humor; aunque no es la paloma de Noe, que trae la buena nueva de haberse retirado las aguas, siempre es una señal de que se comienza en la corte á ser justo, reconociendo los méritos de mi noble hermano Guillermo.

—¡El rey es á lo menos muy bondadoso! dijo Guillermo. Aquí está la Orden real.

Alejandro leyó con sumo interes:

(1) La condecoracion del águila negra, la mas alta del Estado de Prusia.

«He leído el informe del 21 del corriente que vos me habeis rendido sobre el encargo respecto del establecimiento de un Museo, y os manifiesto mi entera conformidad con vuestro arreglo. Estas proposiciones me parecen muy acertadas, y las he mandado al ministro de instruccion pública, á fin de que tome las providencias necesarias para su realizacion. En prueba de mi continúa benevolencia y en recompensa de vuestros méritos anteriormente contraidos para con el Estado, os confiero la Orden del Aguila Negra, acompañándoos sus insignias. Al mismo tiempo deseo que vuestra salud os permita volver á tomar parte en las deliberaciones del Consejo de Estado, y con este fin he dado el correspondiente aviso al mismo Consejo.—*Federico Guillermo.*»

—Esto equivale á una rehabilitacion política, exclamó Alejandro alegremente; es una especie de restauracion, y por consiguiente un pequeño acto de justicia. Solo una cosa es muy notable: que en esta corte jamas se toman medidas sino á medias. Precisamente ahora, cuando desde Francia sopla el viento de la libertad popular y se deben hacer concesiones, habria sido muy á propósito volver á darte una cartera en el Ministerio.

Guillermo contestó sonriendo:

—¿No es acaso ya una concesion esta rehabilitacion parcial?

—Siempre no es mas que un término medio, contestó Alejandro; y francamente hablando, es solo un puñado de arena arrojado á los ojos del pueblo. Se quiere

hacer creer á la gente, que Guillermo de Humboldt pronto volverá á ser ministro, y que luego seguirá un proyecto de constitucion!

—¡Se engañará mucho la gentel contestó Guillermo moviendo los hombros. Mi nombramiento para ministro y lo que sigue, podrá tener lugar solo en el caso de un cambio de sistema y en esto no *piensa* siquiera el viejo rey.

—¡Y sin embargo, lo exígen las críticas circunstancias exteriores, dijo Alejandro.

—Además, continuó Guillermo, no cambiaria en mi edad avanzada mi modo actual de vivir, mi retiro y mis estudios por la carga de un ministerio.

—Pero ¿y si lo requiere así el bien general?

—Entonces sí; pero mientras la patria no pida imperiosamente un sacrificio de esta clase, ¿aprobarás mi resolucion?

—Perfectamente; ¿y no te será la vuelta al Consejo de Estado una carga pesada?

—En este respecto no puedo oponerme al deseo de S. M. el rey.

—Es verdad; no serás por eso responsable de los actos de la administracion.

—Y no tengo necesidad de abandonar mis estudios.

—Tampoco es muy pesada la carga, dijo Alejandro con ironía; la marcha de los negocios interiores de la Prusia, es ahora muy pausada y tranquila. Los mi-

nistros imitan á su Dios; todo tiene su órbita determinada que no se puede variar de ninguna manera.

—Parece, en efecto, que se han vuelto á las *ciencias naturales* en este respecto, dijo Guillermo alegremente. Y como tú conoces mejor las leyes de las órbitas en que se mueve todo allí arriba y abajo, se te escogerá para volver á poner las circunstancias políticas de la Prusia en su antigua ruta.

—Espero que esto no se hará, dijo Alejandro. Yo no sirvo para diplomático.

—Y sin embargo, cargarás esta vez con la cruz.

—Tengo bastantes cruces y puedo representar los dos hemisferios con sus constelaciones.

—¡Puedes mas todavía! dijo Guillermo, con un semblante que indicaba, que sabia aun mas de lo que acababa de decir. Por una parte eres *el hombre de la confianza* del rey, y por la otra el de las dos naciones, de la francesa y la alemana, que se disputan la honra de considerarte como uno de sus héroes literarios y científicos.

—Pertenezco á la ciencia..... y por consiguiente á la humanidad, contestó Alejandro de Humboldt. Mas especialmente soy un verdadero aleman, por mucho que estimo y venero algunas cosas en Francia, ¿pero qué quieres decir con todo esto?

—¿De veras no has oido decir nada, de la mision diplomática con que se trata de honrarte?

—Ni una palabra.

—Pues bien..... el rey te ha escogido para *mediador* entre las dos naciones.

—¿A mí?

—Sí, mi querido hermano, pues eres mas apto que nadie para este encargo.

—¿Y de quién lo sabes?

—Del príncipe heredero.

En este momento entró Seiffert, y entregó un gran pliego que tenia el sello real.

—*Lupus in fabula*, dijo Guillermo.

Alejandro de Humboldt abrió el pliego y lo leyó. Era su nombramiento para ministro extraordinario cerca de la corte de Francia, con la mision diplomática de felicitar á Luis Felipe y su nueva dinastía, por su exaltacion al trono de Francia; pero especialmente y en secreto consistía esta mision en hacer todo lo que estuviera de su parte por conservar la paz y mantener las buenas relaciones entre los dos países.

Despues de haber leído Alejandro de Humboldt este real rescripto, lo puso con la mayor tranquilidad sobre la mesa, sin cambiar en lo mas mínimo la expresion de su semblante. Luego dijo:

—De todos modos tenia que ir á Paris, y aunque en verdad la cosa me molesta, creo que comprenderia mal mis deberes como hombre y ciudadano, si no accediera á este deseo del rey. Para que la nacion alemana no sea interrumpida enteramente en su desarrollo intelectual, es preciso que se mantenga la paz. Es necesario que mar-

chemos adelante; pero no conducidos por la diosa Bellona.

—¿Aceptas pues?

—Cumpló con mi deber, contestó Alejandro sonriendo, *cargo con la cruz*, y..... me hago diplomático. Pero creeme, querido hermano, para nada sirve este sistema de la diplomácia. Hace cuarenta años que veo cambiar continuamente los gobernantes en Paris: siempre caen por su propia incapacidad; siempre vuelven á hacer nuevas promesas que no cumplen, y la misma marcha de la perdicion comienza de nuevo. He conocido á la mayor parte de los hombres que han figurado en distintas épocas; habia algunos bien intencionados y excelentes, pero no fueron constantes; pronto no eran mas aptos que sus predecesores, y algunas veces mayores bribones. Los gobiernos no han cumplido hasta ahora sus promesas al pueblo, mientras esto no suceda nó se establecerá gobierno alguno estable en Francia. La nacion ha sido engañada siempre y volverá á serlo; pero luego castigará la mentira y el engaño, pues para esto ya es bastante fuerte y madura. (1)

(1) Palabras textuales de Humboldt.